MICHEL BARLOW

DIARIO DE UN PROFESOR NOVATO

CUARTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2025

En homenaje al profesor Louis Meylan.
A mis «alumnos», en testimonio de amistad.

Nueve ediciones en la colección Pedal

Cubierta e interior: imagen digital realizada
por C. H. Martín para Ediciones Sígueme

Tradujeron María Teresa San Martín y Jorge Sans Vila
sobre el original francés *Journal d'un professeur débutant*

© Editions du Centurion, Paris 1969
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2005
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2256-1
Depósito legal: S. 138-2014
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

La poesía es aquella palabra hermosa,
creación de un hombre que ama.
Un simple par de zuecos
no es algo hermoso en sí mismo.
Lo verdaderamente hermoso
es el trabajo lleno de amor
del almadreñero que los ha tallado,
la fatiga que calza los pies.

(Un alumno de bachillerato)

PRÓLOGO

LOUIS MEYLAN

Mi amigo Michel Barlow (con gusto le llamo amigo) vivió entre los 22 y los 24 años las experiencias que narra en este diario. Como muchos universitarios, continuaba estudiando su carrera mientras daba clase a un grupo especial de alumnos de bachillerato. Durante media semana hacía de profesor y el resto de los días los dedicaba a terminar su formación universitaria. Autor de un breve y cordial ensayo sobre Gilbert Cesbron, ha escrito también una introducción al pensamiento de Bergson y una vibrante monografía en memoria del presidente Kennedy, obras todas amasadas con el mismo humanismo con que imparte sus clases.

Cuenta aquí, con sencillez, sus primeros pasos en la enseñanza. Con total naturalidad y emocionante humildad, evoca sus experiencias más o menos afortunadas, sus ilusiones, sus enfados. Vivimos su clase día a día, participamos en la búsqueda común. Preciosas sugerencias para un profesor joven, inestimable fuente de juventud para todo maestro veterano, lectura de iniciación y de renovación por excelencia.

«Quisiera –escribe– que mi enseñanza tuviese sabor a algo nuevo, a brisa de amanecida, que supiese a vida feliz». Con soltura y gracia hechizadora inicia, a propósito de significativos textos de la literatura universal, un verdadero trabajo de equipo, un auténtico diálogo (y no, como precisa él con humor, un diálogo platónico, el cual no es más que un monólogo disimulado). Los ejercicios que propone

a sus alumnos parecen a veces puros juegos, y no olvida, cuando se presenta la ocasión, criticar el cine, la música o el arte modernos. Desde el primer momento crea en su clase un ambiente sorprendentemente fraternal, en el que el entusiasmo y la libertad –¡hasta la contestación!– son ingredientes habituales. He aquí una realización de la escuela liberadora que tantos excelentes educadores, en todas partes, han opuesto a la escuela del aburrimiento.

Un día distribuye a sus alumnos «una especie de directorio»: programa e ideario de su trabajo en común. Tal directorio está hecho de citas de mi libro *Las humanidades y la persona*, y pido permiso al lector para agradecer aquí con emoción a Michel Barlow el honor y la amistad que con ello me ha testimoniado. De hecho, cada vez que expone él su postura sobre un problema pedagógico, encuentro en ese joven maestro a un verdadero continuador «et quasi cursores vitae lampada tradunt». Resulta reconfortante oír a los ochenta años las propias ideas de uno formuladas por un joven de menos de veinticinco con la franqueza y la libertad del lenguaje actual, y entrever la enseñanza que uno había soñado realizada con un estilo evidentemente distinto, pero la misma: idéntico espíritu y perfecta novedad. Como señalaba Rémy de Gourmont: «La constancia es la razón de la evolución, y la evolución la condición de la constancia».

Soy yo y es él cuando dice que el latín está muerto, pero que «la verdadera fidelidad a los muertos consiste en continuar su obra entre los vivos», ¡comunión de vivos y de muertos! Y sobre todo la escuela de la cultura, la escuela de la persona, la escuela liberadora con la que he soñado durante toda mi vida y que él nos presenta realizada. Lo que yo llamaba «amplificar el horizonte espiritual», él lo denomina concretamente «despertar la atención al otro». Que viene a ser la antecámara del encuentro con los hombres, del que habla con un respeto casi religioso.

Es lo que, del principio al fin, maravilla y da su gran valor a este libro, que no es un tratado de pedagogía, sino simplemente el relato de una experiencia, la juventud de corazón, el espíritu de infancia, la actitud de servicio, el altruismo encarnado.

Ese espíritu de servicio le ha llevado a descubrir la exigencia primera de toda enseñanza: responder a las necesidades de los alumnos. «El verdadero secreto –dice– no consiste en brillar como un faro o como una luciérnaga, sino en arder de amor y propagar el incendio». «Que los estudios de literatura se conviertan verdaderamente para nosotros en humanidades en el más noble sentido de la palabra. Que nos ayuden a ser más humanos y a humanizar el mundo».

Su lucha diaria es contra los prejuicios, contra los recelos, definiendo de este modo un humanismo del corazón: «Sed hombres cuya verdad da vida y no ciega toda luz que irradia de otro hogar».

La juventud de corazón, el espíritu de infancia, son virtudes que brotan en cada página con una libertad emocionante. El texto está lleno de expresiones típicas de los jóvenes que me recuerdan la jerga que usábamos siendo colegiales, cuando nuestros padres no podían oírnos. Por eso encontramos acentos que hacen vibrar de entusiasmo y reír felices a los adolescentes. Algo no demasiado frecuente, por lo general, en muchas escuelas.

Sin embargo, a tenor de lo que nos presenta, creo que en dos años la enseñanza de Michel Barlow ha hecho que sus alumnos hayan madurado dando muchos y sabrosos frutos. A lo largo de todo el libro que, por la pluma de su maestro, es obra de todos, cada uno de ellos muestra a su vez cómo ha asimilado los elementos esenciales de la actitud que su guía ha vivido ante ellos. Respondiendo a su esperanza, se vuelven «cada vez más acogedores, más receptivos a todo lo humano: sus cóleras, sus esperanzas, sus entusiasmos,

sus amores…, adhiriéndose cada vez más estrechamente a la humanidad y preparándose así para un trabajo de ciudadanos en el mundo».

La inteligencia se forma por medio de experiencias completas, es decir, yendo desde los primeros tanteos, las primeras hipótesis, hasta la confirmación de la hipótesis última, a veces muy distinta de la primera.

Michel Barlow será uno de esos maestros que los alumnos recordarán con orgullo y gratitud durante mucho tiempo, del que aprenderán lo «esencial», una filosofía en el doble sentido: concepción general de la vida y del mundo, y sabiduría práctica. Uno de esos maestros que ayudan a hacerse persona y a formar con otras personas la comunidad de los espíritus.

In memoriam

A punto de ver la luz estas páginas, me entero con profunda tristeza de la muerte del profesor Meylan. Con lo cual, el presente libro se convierte en un homenaje a la memoria de este gran pedagogo. Louis Meylan profesaba una fe entusiasta en el hombre –fe en su progreso, fe en la misión de los educadores– y toda su obra es un mensaje de esperanza. Nos obliga hoy a levantar la vista y mirar el horizonte: «Conservemos la esperanza –escribía al final de su última obra–, la humanidad todavía está al comienzo de su camino. Y el esfuerzo de los educadores conscientes –en los que pongo mi esperanza–, esfuerzo que avanza en el sentido de la evolución cósmica, brindará a las generaciones de mañana aquellas personas religadas y autónomas que son la promesa de la creación».

Michel Barlow
31 de marzo de 1969

INTRODUCCIÓN

He aquí un libro naíf. Si Francis Jammes hubiese escrito una «Oración para ir al paraíso con los profesores», si el «aduanero» Henry Rousseau hubiese pintado uno de sus grandes lienzos alegóricos y relamidos en honor de la función docente, si John Ford hubiese realizado sobre el mismo tema una epopeya en tecnicolor, panavisión y buenos sentimientos…

La historia podría contarse como un cuento de hadas: érase que se era un muchacho de veintidós años, cándido y apasionado, que por sorpresa se encontró trabajando un buen día como profesor de letras en un colegio desconocido. Ignoraba totalmente el oficio. Y sus alumnos –afortunadamente poco numerosos– tenían casi su misma edad. Por ambas partes rehúsan interpretar el papel preestablecido del pedagogo y sus perros amaestrados. Se reúnen, se inician con agrado en la lectura de hermosos y grandes textos. Descubren, como sucede en el *Edipo* de Gide, que «la única palabra clave es el hombre», cualquiera que sea el enigma y cualquiera que sea la esfinge. Descubren que lo importante es la grandeza del hombre, el honor del hombre «y el resto, literatura».

Poco a poco, a través del diálogo –¡palabra mágica!– nace entre ellos una camaradería, una amistad. Después de todo, ¿acaso un bachiller no está en mejores condiciones que nadie para saber lo que debe ser un profesor? Si hacemos caso a Platón, en todos los niveles quien mejor conoce algo es quien lo usa. Lo digo *cum grano salis*, pero la paradoja ¿no es uno de los más seguros caminos hacia la verdad?

Este libro debe mucho a esos muchachos, a los que sería absurdo llamar mis «alumnos». Ellos son tan autores del libro como yo. Por consiguiente, cada vez que aparezca un «yo» o un «ellos», habrá que leer «nosotros». El pronombre «yo» aquí sería no sólo algo odioso, sino poco honrado.

Tengo también una gran deuda con el profesor Louis Meylan. La buena suerte quiso que conociera sus trabajos justo cuando los necesitaba. Dieron cuerpo a mis esperanzas de manera precisa y exigente. Solamente quisiera hacer resonar sus palabras innovadoras y convincentes a través de estas páginas, que en manera alguna son un ensayo o un tratado de pedagogía. No pretendo dar lecciones a nadie. Tan sólo quiero contar una historia sencilla, porque es bella y porque es verdadera. Se trata de un diario vivido –ya que no escrito– día a día. Me he limitado a reunir elementos dispersos, unirlos y añadir el eco que he podido encontrar en pensadores antiguos y modernos.

Imagino que todo lector dedicado a la enseñanza se sentirá en su ambiente al leer estas impresiones que reflejan su vida de cada día. Temo, sin embargo, que algunos, ahogados por horarios, programas y exceso de alumnos, sujetos a un demencial ritmo de trabajo en cadena, sólo encuentren en la narración de esta experiencia privilegiada una verdadera provocación. Pero ¿no nos es lícito soñar a veces con el país al que nunca podremos llegar y custodiar como un tesoro el recuerdo de una alegría que quizá no se halle en parte alguna?

Conviene advertir, con todo, que el aspecto autobiográfico de este diario está muy lejos de constituir su principal elemento. Desde los románticos, la profesión de comediante y el sentimentalismo son las dos fuentes de inspiración de cierta literatura francesa: guiños al «amigo lector», páginas interminables de razones para autojustificarse, diluvio de buenos o malos sentimientos, catarata de buenas inten-

ciones o estremecimientos de perversidad, soplo al alma delicada y temblorosa que se mece como sauce al amanecer, a merced de cualquier «no sé qué» vagabundo. «Si el corazón se te enternece, genio al canto».

Espero haber evitado la inverecundia del narcisismo desasosegado. Si las páginas que siguen tienen algún interés, se debe a que a su humilde nivel recuerdan ideas pedagógicas que no por sabidas dejan de resultar esenciales. Ideas que pertenecen al acervo de la gran tradición humanista que ni siglos de dogmatismo cerril ni manías profesorales han sido capaces de ahogar del todo. No creo que nadie sea capaz de ponerlo en duda.

Reviso el original en el momento en que el movimiento de mayo de 1968 acaba de hacer saltar, hechas añicos, numerosas estructuras de enseñanza envejecidas y esclerotizadas, adobadas por hábitos y prejuicios. El ministro responsable ha llegado a declarar que «no se trata de reformar, sino de reconstruir integralmente la educación nacional». Es preciso resolverse por fin a inhumar alegremente la universidad napoleónica. Esa vieja hipócrita y peripuesta, pomposa y perentoria, ha vivido ya su vida y no ha de impedir que de ahora en adelante vivamos la nuestra. Todas las reformas a medias y todos los intentos de adaptación a los nuevos tiempos resultan más o menos fraudulentos: ¿cómo va a ser capaz de danzar al ritmo de hoy esa vieja dama de ciento sesenta años? Se tiene la edad de las propias virtudes. Definitivamente hay que aprender –o reaprender– a enseñar de manera distinta que por atiborramiento y autoridad, hay que aprender a dialogar en vez de perorar, hay que despertar en vez de adoctrinar, inflamar en vez de saturar. ¡Ánimo!, es cuestión de ponerse en camino.

ÍNDICE GENERAL

Prólogo 9
Introducción 13

Primer curso (1962-1963)
«Quisiera sobre todo traeros la alegría»

Entrada de artistas 19
La jaula de las fieras 23
Esbozo de una filosofía del encuentro 27
«El alma es lo único que cuenta en la enseñanza» 33
Himno a la alegría 41
Hecho una fiera 43
El paraguas sin varillas 45
Con los prismáticos al revés 51
Apoteosis de la resta 53
Juventud 60
Por el honor del ser humano 64
Contra la pedagogía del boliche 70
El humor, ángel de la guarda de la autoridad 77
La mirada tierna y púdica de la jirafa 78
«Hazte de miel y te comerán las moscas» 80
Lenguaje humano 81
La pedagogía de Johnny Halliday 83
Roberto mantiene alta la moral de la tropa 85
Basta con amar 86

Segundo curso (1963-1964)

Bajo el signo de Aries, año II

Un nuevo curso 93
En homenaje a Louis Meylan 99
Coro de pequeños beduinos 105
El hijo de una noche de Idumea 114
«Pintar y amar es lo mismo» 117
La voz humana 122
Neutralidad no esterilizadora 125
El río se traga a veces a un cura 127
La humildad, virtud de la tierra 131
El cine, ¿opio del pueblo? 133
El profesor infalible 136
La parábola de los titís, o de la reciprocidad en la enseñanza 138
«Se corre el riesgo de que, con el agua de la bañera, se tire también al bebé» 140
«El porvenir está en los huevos» 142
«Por fidelidad a mi honor de hombre» 144
Todo ha quedado en nada 149
Con el rabo entre las piernas 152
Punto final 155